

PAPELETAS DE EPIGRAFÍA LÍBICA

IX

Revisión de trabajos anteriores a la vista del *Recueil des Inscriptions libiques*, de J.-B. Chabot.

El esperado trabajo de J.-B. Chabot, a que aludíamos en este BOLETÍN X 1943/4 p. 35 n. 3, se había publicado en París por la Imprimerie Nationale en los años 1940 y 1941. Son tres hermosos fascículos en folio, el último de ellos de fotografías reproducidas en heliograbado, los cuales debo a la amabilidad del Sr. L. Leschi, Director de Antigüedades de Argelia. Con esta obra se dispone al fin de un repertorio completo y fidedigno; lamento muy sinceramente que no haberla conocido antes haya hecho menos completos y seguros mis anteriores estudios. Las circunstancias, y el aislamiento consecuencia de las guerras y de la postguerra, han causado que en este alejado campo de investigación no me haya llegado antes noticia de la capital publicación del Sr. Abbé J.-B. Chabot, fallecido entretanto. Trataré ahora, aunque sea tardíamente, de revisar mis anteriores trabajos y a la vez de dar noticias de esta obra.

El juicio que merece el trabajo del Abbé Chabot es plenamente favorable. Con severo método, el autor no sólo ha recogido las inscripciones publicadas por Reboud (que era lo que se había propuesto inicialmente), sino que ha ampliado muchísimo el trabajo, hasta hacerlo un repertorio completo hasta el día, 398 eran las inscripciones coleccionadas por Reboud, y 1.125 es el número de las que se leen en esta colección.

La limitación del trabajo de Chabot está en no utilizar los resultados de la lingüística bereber, ni haber buscado posibles equivalencias entre los nombres propios bereberes, de los que se

da una extensa lista (pp. XVII a XXIII), y las transcripciones latinas, lo que en pequeña escala intentamos por nuestra parte en una de las anteriores papeletas. Utilísimo sería hacer este trabajo, que Chabot no pudo realizar pues el *CIL* VIII suppl. V, 1, donde se hallan los índices de las inscripciones africanas, sólo se publicó en Berlín en 1942, después de la salida del *Recueil*.

Pero estas mismas limitaciones hacen más seguro y menos sujeto a prejuicios y al afán de explicarlo todo este trabajo de Chabot, afortunadamente lejano de las tesis atrevidas y peligrosas que aquejan por ejemplo a los en ocasiones brillantes de G. Marcy, por ejemplo.

En el prólogo (p. I) toca Chabot la cuestión del origen del alfabeto líbico, inclinándose resueltamente a emparentarlo con el ibero, y a considerarlo un descendiente lejano del fenicio. Es lástima que del ibero sus referencias se limiten en 1940 a la obra del numismático A. Heiss (1870), con desconocimiento a lo que parece de cuanto se ha trabajado posteriormente. Por nuestra parte creemos que el alfabeto líbico no tiene ningún punto de contacto con los alfabetos hispánicos, ya que estos, en cuanto no son adaptación del grecofenicio, conservan el sistema silábico minoico-chipriota (1), mientras que en el líbico no existe ni la huella, inmediata para tantas letras, del alfabeto de tipo fenicio, ni ningún rastro de silabismo, si exceptuamos las parejas 1. g \uparrow k y \square d Ξ t (esta última además exclusivamente en las inscripciones de Thougga), en que la sorda se expresa mediante la geminación de la sonora correspondiente, como un rastro de alfabetos que no distinguían entre unas y otras, como precisamente el tartesio-ibérico (2).

Si repasamos una por una las letras líbicas y las comparamos

(1) V. mi trabajo en *Minos* I, Salamanca 1951.

(2) Cf. este mismo BOLETÍN XI 1944/5 p. 75 y XIV 1947/8 p. 32. Nos parece inútil la distinción buscada por Chabot entre X y Ξ , dando para ellas no sólo distintas transcripciones, T y Ti, sino buscando incluso formas distintas del alfabeto púnico. En realidad, estudiado el asunto en las únicas inscripciones en que Ξ aparece, tenemos los siguientes resultados: en las núms. 1 y 11 tenemos sólo la forma Ξ ; en las 2, 4 y 5 se usa Ξ en final pero X en posición medial o inicial; lo mismo ocurre en las 3, 6 y 7, aunque se hallan sendas excepciones de Ξ en posición medial. La consecuencia que de ello sacamos es que Ξ estaba elaborado conforme al procedimiento que expresaba la sorda mediante la geminación de la sonora, cuando penetró directamente desde el alfabeto fenicio la forma X.

con las ibéricas tampoco hallaremos en la forma ninguna coincidencia, como no la hay en absoluto en el sistema. Las coincidencias únicas que se pueden señalar son aquellas que provienen de la conservación del tipo fenicio tanto en uno como en el otro de estos alfabetos: señalamos la yod líbica \aleph , la samech \aleph , la schín \aleph y \aleph la letra tau \aleph . También la ghímel líbica \aleph recuerda de cerca al fenicio y al griego, como también a las variantes de la gutural ibéricas (\aleph ca, \aleph ce, \aleph gi). Comparemos asimismo la forma líbica de la zayin \aleph con su correspondencia fenicia, y en la forma, no muy frecuente, \aleph que Chabot transcribe \aleph , veamos una estilización de la tet semítica.

El resto del alfabeto líbico, basado sin duda en el semítico, es la sistematización de una serie de formas geométricas, independientes de sus modelos. Aleph, he y het se han refundido con el ayin en una única forma: \aleph . La forma de la u \aleph no está lejos de la tartesia \aleph de la o, en la que se reconoce la fenicia. De los precedentes remotos de la f hemos hablado en otra ocasión (1). En la \aleph b, \aleph d, — zayin, \aleph tet, = l, \aleph m, l n, \aleph sade, \aleph q, \aleph r, el parecido con sus precedentes es nulo o sólo una remota estilización. En sustancia nos parece siempre fundamentalmente acertada la afirmación de Meinhof (2) que en otra ocasión hemos recogido (3): «Man wird ja nicht im Zweifel sein, dass die libysche Schrift irgendwie von der Buchstabenschrift der Phönizier abhängt... Es hat sich ganz vom Bildhaften entfernt und ist rein geometrisch und erinnert dadurch geradezu an die bei manchen deutschen Kindern gebräuchliche Geheimschrift... So entstehen Buchstaben wie \aleph \aleph \aleph \aleph \aleph \aleph , die im Libyschen wiederkehren, nur dass hier auch gerundeten Nebenformen nachweisbar sind wie \aleph \aleph \aleph ...»

En realidad, se trata de un alfabeto derivado del fenicio, pero profundamente reelaborado con un espíritu geométrico y además movido del afán de crear una escritura para fines no vulgares sino mágicos y religiosos. Para el doble ejemplo de las geminadas \aleph k y \aleph t, que representan un resto de épocas muy antiguas me remito a lo expuesto en otros lugares (4). Pero estas geminadas

(1) BOLETÍN XIV, p. 31 s

(2) *Die libyschen Inschriften. Eine Untersuchung*, Abhandlungen für die Kunde des Morgenlandes. XIX. Band. Nr. 1 Leipzig 1931 Cf. la p. 43 s.

(3) En este BOLETÍN XI, p 74 s

(4) BOLETÍN XI, p. 75 s., *Minos* I.

son un resto que convivió con la extensión del alfabeto fenicio. Sobre el problema de las conexiones formales y muy visibles entre este alfabeto y el sudarábigo, véase lo dicho por Meinhof *op. cit.* p. 44 s., quien lo excluye terminantemente como cosa genética y se limita y señalar ciertos parecidos debidos al tipo general de escritura. Lo que sí señalaremos por nuestra parte es que estos parecidos entre formas sudarábigas y formas occidentales se repite de manera sorprendente en la *t* III del alfabeto sabeo y la *d* (E y III respectivamente) del mismo y del lihyaní antiguo (1) y el signo silábico *te* del ibérico, que aparece en la forma III E en competencia con la otra O O (2). No podemos entrar en el problema complicado de explicar las relaciones entre los alfabetos subarábigos del milenario I a. C. y los momentos originarios del sistema líbico y del ibérico.

Resuelto así el problema del origen del alfabeto líbico, en la medida que nos permite juzgar el material disponible, hay que señalar otra novedad importante en el trabajo de Chabot: la distinción (p. IV) entre dos variedades del alfabeto líbico, la oriental y la occidental. Por nuestra parte la hemos intentado ya (BOLETÍN XI, p. 69 ss.). Con su acostumbrada prudencia, el autor renuncia a precisar, dada la escasez de material, el valor de varios signos occidentales.

Del mayor interés, no sólo para la epigrafía líbica sino para la doctrina general de los orígenes del alfabeto, es la serie de observaciones sobre el uso del punto, ya como separador de palabras, ya como reemplazante de varios caracteres (p. V y XXIII). Muy valiosa es esta concepción, que nos enseña un uso del punto bastante extraño, pero no ajeno al carácter misterioso por C. Meinhof (*op. cit.* p. 46) atribuido al alfabeto líbico. Con esto, doy por abandonada la explicación del punto como aleph por mí aceptada en la tabla del tomo X de este BOLETÍN.

Gracias a los excelentes índices de que Chabot ha dotado a su repertorio, podemos ampliar nuestro artículo sobre la fórmula *bns* (véase este BOLETÍN X, p. 31 ss., XI p. 76 ss., XIV, p. 29 s.). Además de las 63 por mí recogidas, en el índice que de la palabra

(1) James G. Février *Histoire de l'Écriture*, Paris 1948, p. 275 ss., H. Jensen *Geschichte der Schrift*, Hannover 1925, p. 134 s.

(2) No puedo aplaudir al querido maestro D. Manuel Gómez-Moreno *Misceláneas*, p. 321, cuando vuelve a pensar en vista de los grafitos de Enserune que O puede ser *tú*.

presenta Chabot, hallo otras tantas más un centenar justo. Añádanse a la lista de Chabot, no registradas en su índice los números 1029, 1079, 1080, 1096; corrijase el 1115 en 1116; exclúyase el 1111. Una de mis inscripciones no la hallo en la colección: la de Halévy *Journal Asiatique*, IV, 1874, p. 387, por mí publicada en este BOLETÍN X, p. 43. Quizá (a juzgar por la referencia de la bibliografía, p. VIII) Chabot no ha explotado del todo esta serie, que si no merece plena confianza, por lo mismo estaba más necesitada de una revisión crítica.

No sería tarea difícil copiar aquí las inscripciones que amplían mis anteriores listas, pero la recogida de nombres propios, que era lo que como fruto principal yo buscaba, está avanzadísima en el hermoso índice de ellos que Chabot ofrece en las páginas XVII-XXIII.

La colección no incluye alguna inscripción que parece existe más al este del Africa francesa, en la antigua Libia italiana. Sin duda las circunstancias del momento impidieron al autor comprobar algunas noticias (v. p. XIV). La supuesta inscripción líbica del Sinaí queda claro que no tiene nada que ver aquí, y así se resuelve un enigma (*ibid.*). El problema de las inscripciones de Canarias queda apuntado por Chabot, y de desear es que los investigadores de las islas, en primer término nuestro colega J. Alvarez Delgado, se animen a dar reproducciones seguras.

Terminemos aquí nuestro comentario y celebremos la aparición de un elemento indispensable para el investigador del norte de Africa. El abate Chabot modestamente ha renunciado a explotar los materiales que ha reunido con toda diligencia y sana crítica, y ha dejado la tarea a los investigadores planteada en términos que facilitan mucho la labor. Felicitémonos por ello y rindamos justo homenaje al sabio autor de esta colección.

ANTONIO TOVAR